EL CAPITALISMO MUERE ¡VIVA EL CAPITAL!
TESIS SOBRE ARGENTINA

Pablo Levin

"Decime, Mafalda, ¿antes de nacer nosotros existía realmente el mundo?"
"Mirá que sos tonto, Miguelito, ¡claro que existía!"
"¿Y para qué?"

Quino
El Libro de Mafalda

"Esta es una época muy contemporánea"

Fontanarrosa
Inodoro Pereyra

Introducción

La sempiterna crisis argentina pone al descubierto aspectos estructurales inéditos del SMC (sistema mundial capitalista) en su estadio presente.

La conciencia común capta los síntomas de agotamiento del capitalismo como pruebas de la perversidad del "modelo"; percibe la ilegitimidad escandalosa del Estado capitalista como desprestigio de la "clase política"; y siente la injusticia social como desgracia absoluta, de la que culpa al "modelo" y a la "clase política". La dificultad para integrar estas tres representaciones del presente proviene de la escisión del ser social en dos esferas: la sociedad civil y el Estado.

Esa escisión nunca fue completa en estas latitudes. La realidad argentina conjuga dos circunstancias: una es que las formas modernas de la sociedad capitalista pugnaron por establecerse sin lograrlo acabadamente, y la otra es que la crisis puso fin a la sociedad civil incipiente y dio al traste con el Estado moderno. En consecuencia, por la conjunción de ambas, la política cobra un significado inusitadamente concreto, a la vez que *parece* invadida por la banalidad. (Ayuda a esto último la selección al revés que devasta la "dirigencia").

Nos proponemos dilucidar la etiología de la crisis y contribuir al descubrimiento de potencialidades políticas e históricas que ella pone a la orden del día.

La exposición comprende tres apartados: *i) Bocetos para el cuadro de situación*, *ii) Conceptos básicos*, y *iii) Notas para un programa económico de transición*.

Nos dirigimos al lector familiarizado a la vez con los datos de referencia y con el marco teórico en el cual, y desde el cual, se desenvuelve la discusión que proponemos. Así, los rápidos *i) Bocetos*..., más que narrar, evocan, episodios históricos recientes que, al remitirse al marco teórico lo activan, poniendo en juego los *ii) Conceptos básicos*, que exponemos de modo escueto y positivo, procurando que prevalezca el nuevo argumento sobre sus múltiples instancias plagadas de derivaciones, teóricas y prácticas. Algunas de éstas se sugieren en las *iii) Notas*...

Al captar la representación común de los hechos en el medio (y por medio) del concepto, éste reencuentra y *retoma* los hilos de un proyecto intelectual que es, acaso, el mayor de la era del capitalismo industrial, y con ella madura desde hace más de dos siglos.

1) Bocetos para el cuadro de situación

He aquí cómo suele presentarse la situación: una población laboriosa y culta se empobrece sin esperanza ni futuro, en un país pletórico de riquezas naturales; una sociedad que tiene la memoria reciente de la prosperidad, y tuvo por cierta la esperanza de progreso, se encuentra sumida en una situación de desastre prolongado, político, económico, social, sin perspectiva; una república otrora independiente, se convierte en la pupila más aplicada de las prescripciones del FMI, y desciende más aún, ya que abraza oficialmente principios rectores de sus relaciones internacionales *¡la postración servil a los prestamistas internacionales y la "relación carnal" con los Estados Unidos!*

El "cuadro de situación", o de desolación, sólo se agrava. La desocupación estructural, la miseria masiva, la inseguridad, están instaladas en todo el territorio del país. Jóvenes y viejos, entre ellos profesionales y trabajadores calificados, hacen colas descomunales en las pocas tiendas donde se pide una cajera o personal de limpieza o lo que sea. Familias indigentes, multitudes de niños y ancianos desamparados, escarban entre los desperdicios industriales y domiciliarios en busca de desechos reciclables para vender por centavos, y alimento para llevar a la boca: ¡*hic et nunc*!

La redistribución brutalmente regresiva del ingreso y, más aún, la del patrimonio, sobrepasan una y otra vez lo que ayer era el límite absoluto. La inspiración reaganeana y thatcherista penetra en la cima del poder político, de la mano de personeros e integrantes de bandas mafiosas en plena actividad: el lavado de dinero procedente del tráfico de drogas, el contrabando de armas y oro, la corrupción en gran escala, todo ello presidido por la estafa sistemática basada en varias décadas de administración fraudulenta de la deuda pública. El pueblo se venía enterando de esto por barruntos y presunciones hasta que hoy toma estado público, y el escándalo estalla.

Aunque queda mucho detalle por aclarar, está documentado (*inter alia* en fallos judiciales e informes parlamentarios) que desde hace no menos de cinco lustros las políticas públicas, en su concepción y ejecución, han servido al saqueo sistemático del patrimonio estatal, y al "descreme" de las mejores empresas nacionales (por medio de abordajes o "take-overs" agresivos). Si el aparato productivo fue en parte botín de corporaciones transnacionales y en parte quedó devastado, pondremos cuidado en explicar que la crisis económica no es consecuencia del despojo; es primordialmente su causa, o su circunstancia. ¿Puede decirse lo mismo de la crisis social?

La *clase obrera* sufre cada vez más, en el período, la violación sistemática, impune y despiadada de sus derechos, el avasallamiento de sus conquistas históricas, la degradación sin límites de sus condiciones de trabajo y de vida, la precariedad del empleo, los padecimientos morales y materiales del desempleo masivo, el deterioro de los servicios sociales de salud, la virtual destrucción de la enseñanza pública en todos sus niveles, el infame saqueo de los patrimonios previsionales. La llamada *clase media* (pequeña burguesía urbana, profesionales universitarios en avanzado proceso de proletarización, agricultores colonos y "chacareros") descubre su destino proletario. Mientras padece todavía el agobio de sus males burgueses (deudas impagables: financieras, comerciales, tributarias, previsionales; más el martirio de cuentas incobrables), conoce ya, en carne propia, las amarguras de la desocupación.

*

El *pueblo* en general, la *ciudadanía*, padece a la vez el desvanecimiento de la sociedad civil y de la sociedad política, el descrédito de las instituciones del derecho público, el vacuo formalismo de la representación política, la vergüenza por la política exterior de la nación, el derrumbe de la justicia, la educación,

la salud, el medio ambiente: valores de civilización que no hace tanto parecían adquiridos para siempre. Una *república* otrora independiente, hoy envilecida por el acoso de los acreedores, y más aún por la arrogancia de gobernantes indignos e irresponsables. Cimas de potencialidad, simas de mediocridad e infamia.

¿Y qué decir, en fin, de la *burguesía* de este país? Por de pronto, que el cambio sobrevenido en la clase capitalista, tiene y tendrá consecuencias de gran alcance. En medio siglo su estructura se ha quebrado, su capacidad de ordenar la producción se esfumó, su hegemonía sobre la sociedad quedó debilitada, y el espacio político quedó virtualmente vacante.

El mundo mismo de las empresas de capital está colocado en posición contranatural, ya que las tasas de interés sobrepasan con mucho las tasas de beneficio más altas del capital industrial. Parece, por lo demás, como si imperara el viejo principio mercantilista, según el cual la suma algebraica agregada de las ganancias es nula: "unos ganan lo que otros pierden"... y recíprocamente. Parece, pero no es verdad. Ese principio regía unilateralmente el sistema del capitalismo comercial, antes de la época del capitalismo industrial: antes de la configuración del sistema de producción generalizada de plusvalor. No es verdad, sencillamente, porque el aparato productivo argentino no cesó ningún año de producir plusvalor. Si, no obstante, no aumenta, sino que merma, la escala de la reproducción, es indudable que el plusvalor producido se asigna a aplicaciones distintas de la acumulación local del capital: al pago de los intereses de la deuda, a la remesa de utilidades a otras plazas, a la fuga de capitales, todas favorecidas por la sobrevaluación de la divisa a la cual la moneda argentina se ha subordinado como su medio de circulación local: el dólar.

La ley mercantilista no está vigente, porque el producto neto social no es nulo. Impera, sí, una "ley"

parecida: unas empresas ganan mucho, siempre; otras tienen ganancias aleatorias, esporádicas, inciertas, matizadas con rojos; muchas más, por fin, pierden, se descapitalizan, y desaparecen. Argentina es un microcosmos que ilustra una característica de la crisis contemporánea en el cosmos capitalista. En contraste con la crisis generalizada que interrumpe y realimenta periódicamente al sistema capitalista industrial indiferenciado de otrora, esta crisis es prolongada, no es de carácter general, sino que favorece enormemente a un sector de capitalistas que se enriquece y acumula, mientras arroja al desastre o sume en el estancamiento a otros. La crisis recae en éstos; no acontece de modo abrupto y relativamente breve, sino que cobra caracteres estructurales. ¿Hace falta aclarar que esto no excluye la posibilidad de una crisis generalizada, propiamente "global"?

*

El léxico petulante de los que sí saben captó al vuelo la verdad del siglo: unos pocos han venido al mundo como "winners", mientras otros, los del montón, son "losers". Los primeros sobresalen en la especulación, más en la financiera que en la comercial; también saben abordar, con la misma refinada "ingeniería" financiera, proyectos de cualquier tipo. Prefieren los negocios seguros y de alta rentabilidad; haciendo honor a las mejores tradiciones prebendarias, son allegados a los cenáculos del poder; aprecian sobremanera las oportunidades brindadas por las privatizaciones y las licitaciones públicas; se manejan con soltura en la frontera del ilícito, y más allá. La economía en negro, la evasión impositiva y previsional, el vaciamiento de empresas, tienen pocos secretos para ellos. En los últimos tiempos, han sabido tejer "alianzas estratégicas" con socios internacionales "de ancha espalda", a quienes cobran peaje haciendo valer sus contactos locales, su pericia telúrica en el arte de tocar a la puerta de los despachos ministeriales, y su "asset" supremo: la falta de escrúpulos.

Y perdedores son los empresarios que no supieron, ¡ay!, cambiar a tiempo. En el pasado gestionaban activamente su capital en la producción material propiamente dicha (en un sentido amplio, que comprende, además de las actividades antes llamadas primarias y secundarias, los procesos de transformación física del producto, que se prolongan dentro de la esfera de la circulación de mercancías, como los procesos de ensilado, empaque, fraccionamiento, almacenamiento, transporte). Y procuran hacerlo todavía. ¿Por qué persisten en su error, que los lleva al desastre, si no arrasó con ellos ya? ¿Acaso quedaron atrapados en un orgullo de viejo cuño (la razón social tradicional, el crédito personal, el nombre del abuelo fundador), o fueron hundiéndose en nuevas deudas procurando (en vano) salir de la insolvencia?

Preguntadle a ellos mismos, y os responderán señalando a proveedores y clientes que no cumplen, o que imponen condiciones abusivas (oligopsónicas u oligopólicas). La letanía principal apunta todo el tiempo contra el Estado, que los abandonó, los dejó desamparados, y (por acción u omisión) no deja de agredirlos: con impuestos confiscatorios, trámites laberínticos infectados de corrupción, tasas de interés usurarias, moneda sobrevaluada, tolerancia y complicidad de las autoridades con la competencia desleal e ilegal (artículos de contrabando a precios de dumping), etc. La única circunstancia que anotan como favorable en los últimos tiempos es el debilitamiento de los trabajadores sindicalizados y el abaratamiento de los "costos laborales"; pero hasta esta bendición se les vuelve en contra por el efecto depresivo de la caída del salario sobre el mercado interno.

¿Y los "winners", los bienaventurados del capital, dueño del mundo, quiénes son? Lo mismo que para caracterizar a los otros, hay que hacer referencia al Estado: también ellos son criaturas de las políticas públicas, sólo que su hábitat está en las antípodas.

Interroguémoslos. Para todo tienen respuesta optimista, ya que por algo son ganadores. ¿Impuestos? Se evaden, se eluden, se transfieren. ¿Trámites? No hay problema. ¿Corrupción? *Savoir faire*. ¿Principios morales? Los del siglo. ¿Tasas de interés usurarias? No se pagan, se cobran. ¿Moneda sobrevaluada? Hay que saber de qué lado ponerse: es conveniente para negocios con importaciones "competitivas", fraudes contra el Estado mediante sobre(sub)facturación en la formación de precios de transferencia, remisión de beneficios, lavado ("aséptico", garantizado), operaciones en el exterior.¿Com petencia desleal, "dumping", contrabando? ¡Vamos!

Un accidente destacado en el cuadro es la *jibarización* del Estado. No es el achicamiento lineal, proporcional. Involucra la degradación deliberada primero, y la desarticulación después, de las capacidades técnicas y administrativas de los organismos públicos, y la consiguiente "tercerización" de sus servicios a concesionarios y contratistas privados. Éstos operarán en un régimen regulatorio corrupto, favoritista y complaciente. Trabajadores, consumidores, público, medio ambiente, quedan a merced de las mafias. La deserción del Estado pone en peligro la soberanía de la nación y la integridad de la república, compromete seriamente la calidad de vida de sus ciudadanos y sus familias, pone en peligro la salud de la población, deja al pueblo convertido en una multitud inerme, interrumpe y revierte el crecimiento económico, disloca el proceso de acumulación de capital, destruye la fortaleza tecnológica del país, debilita la capacidad competitiva de sus empresas... El futuro de los jóvenes y los niños depende de que sepamos y sepan hallar otro rumbo.

No sólo otro rumbo, sino principalmente de dirección firme e instituciones democráticas que aseguren representaciones responsables. No se llegó al desastre por las oportunidades que faltaron sino más por las que se perdieron. Pocos contribuyeron tanto a ello como

el ex presidente Raúl Alfonsín, el gran disipador de voluntades. La plataforma electoral que le confirió la más alta investidura ¡resultó no vinculante! Él mismo lo explicó: "Los argentinos no hemos tomado la Bastilla". Su sucesor careció de plataforma tanto como de escrúpulos. Por acción u omisión de sus respectivos gobiernos, al "proceso militar" que en los años 70 usurpó el poder formal, lo sucedió en los 80/90 el "proceso institucional". Se alzó con el poder real, y, escamoteándolo de las instituciones republicanas, pero conservándose durante casi dos décadas bajo la forma ficticia de la voluntad general y el interés común, puso los poderes públicos enteramente al servicio de una estafa sin precedentes, iniciada previamente por la dictadura: contra el país, contra la nación, contra el pueblo. Hoy, ante la consumación del desastre, se reposicionan desde la santa inocencia, compitiendo unos con otros en expresiones de indignación.

El "proceso institucional" no pudo consumarse sin la complicidad de los representantes electos conforme a la Constitución (convenientemente aderezada, es verdad, a tal efecto, mediante el "pacto de Olivos"). Durante cuatro períodos constitucionales, bajo el manto del interés público, sació a más no poder los intereses privados de un puñado de grandes capitalistas. La instalación de la trampa usuraria se hizo obedeciendo estrictamente (fuera de alguna picardía oportunista) los más severos "guidelines" del Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, con la participación estelar de bancos privados internacionales de primera línea, jugando como "locales". La "cooperación" económica prescribe las políticas monetarias y fiscales, *"monitorea"* abiertamente su ejecución y la consecución de las metas comprometidas, y cuando inevitablemente se avecinan dificultades para el repago de la deuda acude en apoyo del país amigo con desastrosos "salvatajes" financieros: *nunca vgr. comerciales, como la apertura de sus propios mercados para productos argentinos,* para

asegurar el relanzamiento del proceso usurario, a cambio de incesantes concesiones de soberanía.

La *jibarización* y el saqueo del Estado se prepararon meticulosamente. Todo se hizo mediante la previa instalación y la ejecución (en paralelo y en serie) de planes y programas de "cooperación" internacional, siempre a cargo de consultores contratados con honorarios más elevados que los funcionarios técnicos de carrera. Con el tiempo, los codiciados puestos "técnicos" se ofrecieron a la codicia de los políticos, siempre ávidos de recursos para sostener la adhesión de sus clientelas. Pero en la etapa "heroica" de implantación de las nuevas políticas la codicia de los políticos se satisfizo con el saqueo y la degradación de las mismas empresas públicas que luego se arrojaron a la pira de los sacrificios. Se robó "*también* para la corona". Mientras, la preparación del operativo de la "reforma y modernización" del Estado desplegaba campañas propagandísticas que apuntaban a desacreditar las empresas públicas en tanto que tales, estigmatizándolas como las culpables originales del déficit fiscal.

La opinión común, engañada, toleró el saqueo. Llegó a sentir alivio y esperanza, aceptando ingenuamente las explicaciones "técnicas" de los "expertos". Éstos parecían portadores de una sabiduría convalidada por la flamante legitimidad constitucional de las autoridades políticas. Todo se solucionaría, explicaban, con la venta de las ineficientes empresas públicas: de una sola vez quedarán eliminados el déficit fiscal y el previsional, se cancelará la deuda pública externa (por entonces todavía relativamente modesta), se bajará drásticamente la presión tributaria, se abaratarán los servicios públicos, se elevará la calidad de los mismos hasta alcanzar los más altos niveles internacionales... Nuevos horizontes de inversión quedarán abiertos a la iniciativa privada, y el país ingresará por fin a una era de progreso, modernidad, prosperidad. El milenio estaba próximo.

Ninguna de esas promesas se cumplió. Lejos de ello, todo sucedió al revés de lo prometido, y más. Se anunciaron una tras otra soluciones "científicas", basadas todas ellas en dos pilares: el sacrificio del pueblo y el aumento de la deuda externa. El sacrificio se presentó siempre como breve, imprescindible, impostergable, patriótico. El mayor endeudamiento, como una salida prodigiosa, y una prueba más del crédito internacional de que gozaban el país y el descollante elenco gubernamental del turno. Las "panaceas" más desastrosas fueron avaladas por instituciones internacionales, bancos de primer nivel, asesores de reconocido prestigio. Durante dos décadas, todo se subordinó al empobrecimiento de los trabajadores y los pequeños patronos y al incremento incesante, irresponsable y ruinoso de la deuda. De allí en más los acreedores dictaron la política pública, interrumpida periódicamente con ajustes y renegociaciones ruinosas, estas últimas piloteadas por los mismos bancos acreedores que, de paso, embolsaban comisiones, formulaban políticas y dictaban las leyes de la república.

El Estado debía él mismo reducir su cabeza, eliminar su propio margen de decisión, todo para concentrarse en su misión superior, a saber, aumentar la recaudación y disminuir el gasto, des-regular la economía a ultranza, dejar la marcha del comercio y la inversión en "piloto automático", y, sobre todo, *honrar* la deuda externa, y dar creíbles garantías a los "mercados" de que no se ahorrarían "costos políticos" para cumplir. La deuda se podría incrementar más, para... seguir pagando, más y más.

Las inútiles ofrendas al Moloch usurario acabaron con empresas públicas que fueron orgullo y la esperanza de los argentinos, como las emblemáticas YPF y Aerolíneas Argentinas; se llevaron los ahorros previsionales; entregaron a la voracidad privada las porciones rentables de la educación y la salud; condenaron la escuela

pública, la universidad pública y el hospital público a la inanición presupuestaria; rebanaron repetidamente salarios (masa y tasa, nominales, relativos, reales), subsidios, jubilaciones y pensiones, regímenes de fomento al desarrollo regional; se terminó de aniquilar o transferir o endeudar la industria privada, rural y urbana, se hipotecó la recaudación tributaria corriente y futura, se entregó la soberanía nacional, se empeñó casi todo lo que quedaba; casi, porque todavía hay miradas codiciosas sobre "las últimas joyas de la abuela". Si "alguien" se alza con el Banco de la Nación, no tiene más que ejecutar a los deudores insolventes para adueñarse de gran parte de las mejores tierras agrícolas de Argentina. Por las dudas, el Banco de la Provincia de Buenos Aires se apresura a cargar con la deuda gigante contraída por allegados al ex presidente Menem.

Los gestores del desastre cometieron crímenes contra la nación y contra la república, unos porque usurparon el poder público, otros porque investidos de representación legítima la traicionaron; y cometieron también delitos comunes. Por algunos de estos últimos son, algunos de ellos, juzgados, y esto sin duda devuelve a la justicia algo de su dignidad. Se cierra la tranquera cuando el caballo escapó: la justicia, lo mismo que el buho de Minerva, alza su vuelo en el ocaso. Es menester que vuele, que despliegue su cualidad esencial, su majestad. Para ello debe ocuparse de los asuntos mayores, antes que de los menores; la plena vigencia de las instituciones de derecho público es la premisa *sine qua non* del imperio de la ley.

*

Pero: aun si la crisis del capitalismo en la Argentina se expresa hoy como una crisis financiera, no es en las canalladas de los políticos, la corrupción de los funcionarios, la deslealtad de los representantes constitucionales de la soberanía popular, etc., donde debe investigarse la naturaleza y la etiología de la crisis.

De hecho, la orgía especulativa se instaló en el aparato productivo cuando su involución era, de suyo, irreversible: no fueron las hienas ni los buitres carroñeros los que mataron la vaca.

La crisis financiera no es un velo encubridor y esencialmente extrínseco. Es menester examinarla antes de abordar las circunstancias y las causas de la crisis, y antes también de dirigir la atención hacia la brutal e incesante regresión en la distribución del ingreso (desde hace no menos de tres décadas), al proceso degenerativo que sufre en este país la estructura de la producción (desde poco después del comienzo del período de posguerra), al estancamiento presente (desde hace tres años); antes, más determinadamente, de exponer las contradicciones locales y generales del capitalismo industrial. Luego habrá que volver a ella, comprendida en esas contradicciones. Porque, en efecto, el derrumbe financiero, presidido por la gigantesca deuda pública, ilegítima en su origen, impagable en sus propios términos, contiene acaso claves para dilucidar la gran pregunta sobre la crisis local: ¿crisis en el SMC, o crisis del SMC?

*

Estamos en el segundo trimestre de 2001. El ominoso "final" se avecina. Las tasas suben abruptamente a niveles descabellados. Se comienza a hablar (una vez más) del "peligro" de un *default.* Ya está al timón el mismísimo "piloto de tormentas", Domingo Cavallo. La historia de su siniestra gestión anterior, en sucesivos gobiernos, constitucionales y de los otros, donde tuvo roles diversos (funcionario de alto nivel, lobbyman corporativo, consultor, político, parlamentario), es la historia del despojo del patrimonio público, de los recursos previsionales. En cada una de esas oportunidades impulsó, ejecutó y perfeccionó su obra maestra: la trampa usuraria. Ahora ha sido llamado a rematarla.

Tiene estilo. Una vez más invocará un falso problema (en este caso el déficit fiscal), explicará con retintines didácticos un diagnóstico tergiversado (es casi siempre el mismo: la ineficiencia del Estado), y anunciará la nueva panacea: esta vez será el Déficit Cero (¡incluido el pago de los intereses de la deuda!). Desdeñará las soluciones evidentes y simples para eliminar el "déficit fiscal", como restablecer las responsabilidades previsionales de las empresas de capital, y/o gravar directamente el plusvalor apropiado por los grandes "contribuyentes" (o más bien evasores), sobre cuyas transacciones la autoridad tributaria posee información suficiente. Ni qué hablar de políticas de desarrollo propiamente dicho. Flanqueado por un gabinete ministerial opaco y complaciente, con el "primer magistrado de la República" como mascarón de proa, hace caso omiso de las crecientes señales de sufrimiento social, y de la sorda protesta popular que preanuncia una época de resistencias épicas. Impertérrito, establece un mecanismo por el que se "honra" la deuda externa y con el presupuesto remanente se paga los salarios de los empleados públicos y las jubilaciones y pensiones... ¡tanto como sea compatible con el "déficit cero"! El indecoroso trámite parlamentario de las medidas de "ajuste" echa por tierra la apariencia misma del sistema de representación popular. Se esgrimen una vez más los pretendidos tecnicismos.

El anuncio oficial de las medidas pone bruscamente al desnudo la lucha de clases. El gobierno declara la guerra social al reconocer en público el orden jerárquico de sus acreedores. Cumplida la obligación superior, el remanente de recursos, si lo hubiere, se prorrateará entre los asalariados y los jubilados: tanto se recauda, tanto se reparte. El pueblo crea nuevas modalidades de lucha, como los movimientos de los "automovilizados" y los "piquetes", y nuevas instituciones democráticas, como las asambleas piqueteras. Los humoristas argentinos son los historiadores del presente. Una caricatura

del dibujante Fontanarrosa muestra un grupo de hombres y mujeres en harapos: representan a los desocupados, a los jubilados, a las masas de indigentes. Junto a la puerta entreabierta, el funcionario en actitud servil le dice al inversor: "Pase por aquí, míster X, le presento a los señores que, de aquí en más, se harán cargo de pagar la deuda". El humor tiene un límite, donde a la ironía y al sarcasmo les está vedada la dimensión del dolor. Un pudor esencial impidió al dibujante caracterizar a los verdaderos encargados de pagar "de aquí en más": los *niños.*

Nadie ignora y pocos niegan que la deuda pública es espuria e impagable. Hay acreedores y acreedores. Unos poseen títulos de la deuda pública. Otros son proveedores del Estado. Otros, por fin, son trabajadores, activos o retirados. El gobierno tiene por preeminente, más aún, *sacrosanto*, el derecho de especuladores financieros que ya cobraron intereses usurarios. Los derechos constitucionales de los trabajadores activos y jubilados, quedan suprimidos ... "en aras de la seguridad jurídica". La lucha de clases queda al desnudo.

*

He aquí un acertijo para la teoría del desarrollo capitalista: ¿por qué fracasa Argentina?

Población industriosa y culta, instituciones políticas modernas que datan del siglo XIX, dotación de recursos naturales excepcionalmente favorable... Su extenso territorio posee generosas y variadas aptitudes agro-ecológicas, es pródigo en riquezas minerales, forestales, ictícolas, turísticas, etc., amén de sus famosas pampas húmedas (las feraces sabanas de aptitud sin par para el engorde de vacunos, y para todos los cultivos de clima templado, con calendario de cosechas privilegiado para llegar en contra-estación a los mercados del hemisferio norte).

Durante las décadas tempranas del siglo XX un flujo caudaloso de inmigrantes esperanzados procedente de

Europa se desgajó del que llevaba la mirada puesta en los Estados Unidos, y cruzó también el Atlántico pero con rumbo al Sur-oeste, atraído por la promesa rutilante de una Tierra de Promisión novísima, más generosa y tolerante que ninguna. Se decía de ubérrimas tierras vírgenes que aguardaban anhelantes la primera reja de arado, en un territorio infinito donde regían políticas públicas acogedoras para el inmigrante, basadas en el principio de que "gobernar es poblar", mientras las leyes fundamentales de una joven República extendían los derechos y garantías constitucionales a todos los hombres y mujeres laboriosos de buena voluntad, vinieran de donde vinieran.

Pronto, multitudes de humildes familias europeas se integraron fecundamente con la población criolla local y crearon una rica y singular cultura indo-hispana con proyecciones cosmopolitas y universales. A la sazón, mientras el resto del mundo se conmovía por la Revolución Rusa y la humanidad se desgarraba en las dos Grandes Guerras Mundiales del siglo, el país prosperaba en su papel de canasta alimenticia de los ejércitos en pugna...

Hoy, muchos nietos de esos inmigrantes de otrora, frustrados, desolados, empobrecidos, quisieran emprender el camino de sus abuelos, en dirección contraria. Invocando el regresivo y arcaico *jus sanginis*, procuran adquirir la nacionalidad de sus antepasados y con ello la anhelada "residencia en el primer mundo", y hacen cola día y noche ante las puertas de los consulados de "la tierra madre", esperando someterse a trámites denigrantes. Para ellos, Argentina es el nombre de una promesa incumplible. "Maldito querido tatarabuelo: el último que apague la luz".

*

Al promediar el siglo XX, el motor capitalista del progreso arrancaba con ímpetu, y el crecimiento económico

parecía cobrar un ritmo auspicioso (aunque fatídicamente intermitente). Era el "stop & go", uno de los fenómenos mejor descriptos y menos comprendidos por los economistas argentinos de los años 60. Se decía también que el crecimiento chocaba contra un techo. Más tarde el ímpetu declinó y se evaporó.

Antes de trasladarnos al marco teórico, procuremos un boceto del mismo país medio siglo atrás, cuando su potencial productivo parecía en plena efervescencia.

*

La historia de Argentina en el último medio siglo es la de la crisis que parece signada por un destino ineluctable. Al descender, década tras década, en la escala jerárquica de los subsistemas capitalistas nacionales, esta nación mantiene empero un status intermedio entre las más prósperas y las más miserables (aproximándose a estas últimas, asintóticamente).

Lo atestiguan los indicadores económicos convencionales (como el PBI *per capita*), de los que no nos ocuparemos. La estructura de clases en el país ofrece otras expresiones de esta singular situación intermedia. Una es el peso del campesinado criollo, extraordinariamente menor en la baja cuenca del Plata que en el resto de Latinoamérica; pero no obstante su exigüidad demográfica y económica, la prolongación de esta presencia tiene un efecto catalítico en la configuración de la sociedad argentina, y, acaso, en su dinámica, ya que el ritmo de su disolución fluctúa con el ciclo económico en sentido inverso, acompasándose con las expansiones y contracciones del ejército industrial de reserva. La tendencia hacia la disolución del campesinado se conjugó en la primera mitad del siglo XX con la inmigración masiva de trabajadores europeos para formar un proletariado industrial que a mediados de siglo despertaría a la vida política sin transponer el horizonte de una burguesía que, sin embargo, no alcanzaría nunca una hegemonía suficientemente definida y durable como para darse una estrategia coherente.

Para concluir estos rápidos bocetos de historia presente y reciente, enfocaremos la atención en un período particular del pasado próximo, porque asomó entonces una perspectiva de cambio social que recién hoy cobra una vigencia: *mutatis mutandi*. Sucedió esto del modo más profundamente contradictorio. Esta nación sudamericana experimentó una singular metamorfosis durante la Segunda Guerra Mundial, manteniéndose en un aislamiento matizado, primero, por sus simpatías iniciales hacia el Eje –tan vergonzantes como vergonzosas– y, luego, por sus negocios lucrativos en tanto proveedor de los Aliados en guerra y de Europa en los primeros años de las reconstrucción de posguerra. En esa etapa adquirió el perfil idiosincrásico de la Patria Peronista.

Con recursos holgados, acrecidos por ese negocio, el régimen pudo edificar bases de operación grandiosas: financió la inversión sustitutiva que daría una nueva estructura social y económica al país, y sellaría su suerte por no menos de cinco décadas; fortaleció significativamente la capacidad de gestión del Estado, y a la vez estatizó (pagándolas a buen precio) instalaciones mayormente amortizadas ya entonces por sus antiguos dueños británicos: la vieja planta frigorífica, los servicios telefónicos, la energía, la flota fluvial, los ferrocarriles. A la vez, la gestión estatal de la banca de fomento e inversión como asimismo la creación de canales oficiales alternativos para el acopio y la comercialización de productos agropecuarios, abría otras tantas alternativas de desarrollo válidas, que se malograrían rápidamente, envueltas en las prácticas de corrupción y "prebenda" que quedarían instaladas en la sociedad argentina.

La creación peronista tuvo su eje central en su política de aumentar los salarios, estipular condiciones dignas de trabajo, promover e institucionalizar el progreso social consagrando los derechos del trabajador, de la niñez, de la ancianidad. La conciencia colectiva tiene por irrenunciables esas conquistas de la civilización,

hoy perdidas pero no olvidadas. Acosada por presiones y peligros ciertos, la precaria clase capitalista nacional debió resignarse entonces por un tiempo a tolerar esos avances que por otro lado ponían a sus pies un mercado boyante y cautivo.

Las conquistas laborales eran lo mejor, pero había más. Perón tuvo poder de disposición omnímodo sobre una plétora de recursos extraordinaria. Antes que él, y después, los partidos políticos tradicionales tejieron y dispensaron intrincadas tramas de favores, para contener en ellas grandes clientelas políticas; pero, sobrepasándolas a todas, estableció dos enormes redes donáticas, distintas y recíprocamente complementarias.

Una red, administrada por la legendaria Evita a través de la Fundación homónima, prodigó ingentes dádivas a "los humildes", a los desposeídos, a los ancianos, pero sobre todo a los niños. La otra red instituyó "la Lealtad" en las propias filas del movimiento peronista; asimismo, en las corporaciones allegadas, y en la administración pública, civil y militar, con todas sus ramificaciones. Designaciones, prebendas, reconocimientos, matizados con el cultivo de la delación y la obsecuencia, las exigencias de adhesión explícita y pública (especialmente a profesionales y docentes), ceremonias públicas, clases obligatorias alusivas al régimen en todas las escuelas. Un aparato de propaganda sin precedente proclamaba las conquistas alcanzadas y la promesa de otras nuevas, a la vez que anunciaba los caracteres distintivos de la Nueva Argentina: "los únicos privilegiados son los niños".

La ilusión de un patrimonio popular ("los ferrocarriles son nuestros") dio pábulo a otras: el pueblo peronista, que *ya* había sido liberado por el Líder del colonialismo y de la oligarquía, abrazó bajo su guía la Tercera Posición (ni capitalista ni comunista), para afianzar la patria "justa, libre y soberana".

Es preciso reconocer la eficacia ideológica contundente de la doctrina peronista. Pero, ¿cuál era su contenido? Por de pronto, un revoltijo caleidoscópico y sincrético, de resonancias fascistas, nazis, corporativistas, a la vez que anarquistas, socialistas, católicas, populistas, nacionalistas, conservadoras, paternalistas y telúricas; un recetario con pócimas para todas las dolencias del pueblo, placebos garantizados, una pantalla de proyección para las ilusiones de los desposeídos y los postergados, un carcaj con dardos envenenados para los opositores, los desleales y los traidores. ¡Y para los indiferentes!

En el marco de la doctrina, la exaltación de la lucha de clases se combinaba inextricablemente con la más confusa mixtificación sociológica, cargada de connotaciones románticas, telúricas y acaso racistas, y ciertamente anti-intelectuales. De un lado estaban los humildes, los "queridos descamisados", con su Líder, su Partido, su Movimiento, sus sindicatos, y las grandes instituciones que le daban auxilio espiritual y fuerza militar. Del otro lado la "oligarquía". La estigmatización ignoraba a los capitalistas, obviaba a los terratenientes mismos o sólo aludía a ellos lateralmente, y se ensañaba con los "agiotistas", los traidores, los opositores y los indiferentes, y los intelectuales extranjerizantes; alcanzaba a los ricos; no a todos: sólo a los que desprecian a la gente humilde y son reacios a celebrar las conquistas del Pueblo. La experta dosificación y oportuna administración de la demonología social probó su efectividad para neutralizar rivales, allegar aliados, desalentar enemigos; pero por encima de todo, para desplegar en sus múltiples contenidos y manifestaciones el sentimiento de las masas, ora concitándolo y exacerbándolo, ora conteniéndolo, siempre desencaminándolo hacia objetivos difusos y laterales.

*

Pero, la doctrina de la Tercera Posición ella misma, "ni capitalista ni comunista", "¡Ni yanquis ni marxistas, peronistas!", ¿definía un camino superador, ofrecía una posibilidad realizable? Lo discutiremos seriamente. ¿Tuvo entonces, en su tiempo, un sentido programático verdadero? Ciertamente, ninguno. ¿Lo tiene hoy? Argumentaremos que, *mutatis mutandi*, con las determinaciones que procuraremos puntualizar, sí.

El peronismo es irrepetible. No sólo por la evidente singularidad de sus circunstancias históricas, sus personajes, etc. (lo que de suyo no excluiría la repetición e incluso la extensión del "modelo"); tampoco porque en este país que hoy está en bancarrota Perón dispuso casi a su arbitrio de una plétora de recursos (situación excepcional que recuerda la de los países petroleros dos décadas más tarde). *Es irrepetible porque el mundo ha pasado a una nueva etapa de la era del capital.*

Desde mediados del siglo pasado, en efecto, el sistema internacional capitalista como un todo experimentó transformaciones irreversibles y profundas: las estructuras económicas del sistema capitalista, como asimismo las configuraciones sociales y políticas de todos los países, son significativamente distintas hoy de las presentes entonces, a mediados de siglo. Una consigna de sabor peronista, cobra hoy una vigencia concreta que trasciende por completo la ambigüedad ideológica que obnubilaba su significado: la *justicia social.*

Antes de dar cuenta de esas transformaciones y su significado y consecuencias, completaremos el cuadro de situación de Argentina con una somerísima reseña de las postrimerías de la Nueva Argentina, las secuelas, la evolución o involución, a grandes rasgos, del país, hasta el descalabro presente.

*

Con toda su inconsecuencia, sus trucos ilusionistas, sus estilos dispendiosos y farsescos, sus abusos, sus

crímenes, sus descabelladas veleidades faraónicas, sus oscuras y dañinas maquinaciones de Estado Mayor en procura de la hegemonía continental (prolongadas en el fatídico "destino de grandeza" y "Argentina potencia" en las décadas subsiguientes); su infame simpatía por la "causa" nazi-fascista; su brutal represión contra opositores activos o potenciales; su sistemático cultivo de la obsecuencia; sus prácticas de extorsión política; sus promesas incumplidas; sus irresponsables improvisaciones y –consiguientemente– las oportunidades excepcionales de desarrollo arrebatadas a este pobre país, etc.; con todo esto y más, la Patria Peronista brindó sin embargo a la Argentina los mejores años del siglo en términos de desarrollo absoluto y relativo, económico, político y social; no así, por cierto, intelectual, ya que la represión contra universitarios independientes y la marginación de los no expresamente adictos, dañó severamente en la Argentina, la delicada trama de diálogos y reconocimientos en los que se nutren la ciencia y el arte, con consecuencias que hoy se sienten.

El régimen se inició interviniendo las universidades y a la vez recurriendo al apoyo del pueblo trabajador que se lo brindó con pasión verdadera. Precisamente el rasgo destacado del régimen peronista, que distingue los dos primeros gobiernos del General de todos los que lo antecedieron y los que lo sucedieron en el país (incluso el último gobierno del mismo Perón), fue que disfrutó de un enorme apoyo popular y consiguientemente de la más sólida legitimidad política. Las conquistas populares realimentaban la pasión, la lealtad y la esperanza que "la gran masa del pueblo" depositaba en El General. Pero esas conquistas éranle *dadas*: no, en verdad, como conquistas, sino como gracias otorgadas al pueblo a cambio de su Lealtad.

Promediando ya su segundo mandato, en los primeros años de la década de los 50, Perón comienza a responder con inusitada dureza represiva a los reclamos

sindicales, metalúrgicos y ferroviarios. Quedaba agotada la estratagema más eficaz para manipular la lucha de clases, que Perón había empleado en los primeros tiempos: mantener viva la desconfianza mutua entre trabajadores manuales y trabajadores intelectuales. Con la proletarización de los profesionales y la tecnificación vertiginosa de los procesos de producción material, la diferencia se tornaría borrosa, y los gobiernos de fin de siglo tendrían que aguzar su astucia para azuzar a "pobres contra pobres".

El sistema político había logrado un equilibrio bonapartista precario en la lucha de clases, que se tornaría insostenible en los comienzos de la posguerra, al restablecerse el comercio internacional. Tan pronto como cambió la situación internacional, luego de amagar una vez y otra con una revolución que saboteó en todo momento, el peronismo comenzó a volver sobre sus pasos, sin abstenerse de intensificar la represión contra los opositores (muchos, pertenecientes a la clase media democrática), ni de extenderla con inusitado salvajismo volviéndola contra el mismo movimiento sindical que había sido una parte de su "columna vertebral". Ésta era bífida, la otra parte era el ejército: en verdad, el bloque institucional Ejército-Iglesia, que se tornaría hegemónico en los regímenes militares del resto del siglo. No hace falta decir cuál se mantuvo leal al peronismo.

El giro a la derecha (en verdad, dentro de ella, del paternalismo a la represión) no calmaría a la "oligarquía" terrateniente y comercial a la que mucho había injuriado y en parte socavado con políticas como la cruzada por "la tierra para quien la trabaja" (que se plasmó en el congelamiento de las rentas rurales), el impulso a la banca oficial y el afianzamiento de las Juntas Nacionales que ofrecían opciones a los agricultores y ganaderos agobiados por los acopiadores monopsonistas, para la comercialización de sus productos. El

nuevo rumbo no impediría, en fin, la contrarrevolución que el peronismo no supo, no pudo, no quiso enfrentar.

Con el apoyo circunstancial de la clase media (la majada poniéndose al cuidado del lobo), la rancia clase terrateniente y el gran capital comercial, activando a su favor los sectores no peronistas del ejército, se tomaban revancha contra los trabajadores y contra las burguesías industriales urbana y rural, a la sazón a punto de florecer, poniendo fin a su fugaz hegemonía social. La primera, criatura de la "sustitución de importaciones" en tiempos de guerra, entraría en una declinación que se prolonga lastimosamente en la agonía de hoy. La segunda, representada principalmente por colonos y chacareros ("farmers") pampeanos, se esfuerza hoy denodadamente por reciclarse en los nuevos subsistemas de acumulación capitalista, realizando proezas en la adopción de las técnicas de cultivo más avanzadas, alcanzando rendimientos parangonables con los más altos, y cosechas de magnitud sin precedentes. No pudieron hacerlo mejor, ni con más entusiasmo y tesón y, sin embargo, están hundidos en deudas impagables, al borde de la ruina.

Volvemos al presente. Se culpa a los grandes países importadores de materias primas y productos agroindustriales que a su vez son competidores en cultivos de clima templado, Europa y Estados Unidos, de subsidiar sus producciones y proteger sus mercados, a la vez que "nos" prescriben e imponen la desregulación y la apertura. Se culpa, en fin, a los responsables de la política exterior, que no han querido, no han sabido, llevar la renegociación de la deuda al terreno comercial: les compramos si nos compran, les pagamos si nos compran. Esos reproches no son injustos, pero marran el golpe: con la rigidez cualitativa de su actual estructura de producción, unida al hecho de que no reinvierte el plusvalor que produce, el país no está en condiciones de readecuar su oferta internacional para cumplir en

tiempo y forma con demandas perentorias, específicas y cambiantes.

Nada de lo que se requiere en las actuales circunstancias del comercio exterior puede lograrse sin una planificación interna firmemente apoyada en la comprensión de las nuevas estructuras económicas. Como explicaremos, los mejores esfuerzos están condenados al fracaso mientras la empresa productiva no opere en subsistemas adecuados, en un marco de planeamiento, en un país "bien gobernado". Todavía parece paradójico, mientras se carece del concepto de capital diferenciado, pero lo cierto es que en "nuestros países" —particularmente en Argentina— el empresario productivo no debe temerle al socialismo sino que debe ver en él su única posibilidad de sobrevivir y, más aún, de prosperar.

ii) Conceptos básicos

He aquí un acertijo para la teoría del desarrollo capitalista: ¿por qué fracasa Argentina?

¿Acaso el desarrollo del SMC choca antes en esta nación que en otras con un límite inmanente? No es el caso, porque a otros países la poderosa y ciega fuerza del capital les negó desde mucho antes hasta los precarios arranques de progreso, los logros evanescentes de civilidad realizada, los lábiles esbozos de civilización venturosa, que deparó a la Argentina. No se los dio en profusión, por cierto, como sería menester para que se cumplan las promesas que encarnó el país: pero sí en la medida justa para renovarlas y, acaso, para dejar plantada una semilla de transformación social.

El límite al que nos referimos no es el "derrumbe" general que, previsiblemente, bajo ciertos supuestos teóricos (que no tratamos aquí), sobrevendría necesariamente cuando el crecimiento económico choque con una barrera inmanente a su carácter capitalista.

El derrumbe general, con arreglo a su concepto, compromete al sistema como un todo. No menor es la proclividad al agotamiento del sistema como un todo, ni menos concreta (aunque sí más compleja y condicionada), si el progreso se torna notoriamente incompatible con su carácter capitalista en determinados *subsistemas* del capital.

Debemos mantener la doble distinción: entre la parte y el todo (nos ocupamos, por ahora, de una parte), y entre crecimiento y desarrollo (nos interesa el desarrollo). No erigiremos una muralla infranqueable entre el todo y la parte (comprendida en el todo), ni entre desarrollo y crecimiento (comprendido en aquél), ni entre ambas distinciones.

Desembocamos en una tercera distinción relevante: desarrollo / subdesarrollo. Tocamos un punto sensible en la conexión entre las nociones vulgares y los conceptos críticos. Así, al señalar esta distinción, evocamos acaso el "desarrollo del subdesarrollo". Por de pronto, el célebre aporte de André Gunder Frank tuvo y tiene el mérito de *recordar* la unidad del proceso desarrollo / subdesarrollo, y especialmente el de señalar que esa unidad es necesaria e inmanente al capital. Pero este giro dialéctico tan celebrado es incompleto. Precisamente, al referirnos a Argentina, no centraremos la atención en el momento que él capta, sino en el contrario, que se le escapa; pues Argentina no es un "caso" de desarrollo del subdesarrollo sino, antes bien, uno de *subdesarrollo del desarrollo*.

Immanuel Wallerstein instituye la categoría de países "semi-periféricos"; ofrece una importante explicación sobre el papel de esos países en la configuración y en la dinámica del SMC; advierte su consiguiente importancia para la teoría del desarrollo económico; y arroja un guante que recogemos. Se trata, en suma, de poner el aporte de Wallerstein en el concepto de la economía política. No desechamos las categorías

"central" / "periférico", pero limitamos el uso de estas expresiones a su acepción genérica: denotará la configuración jerárquica de sub-sistemas sociales particulares en contextos históricos diversos, no determinados por el capital. Reservaremos "colonialismo" e "imperialismo" para caracterizar etapas históricas particulares de la estructura "centro / periferia" *capitalista*. A su vez, contrariamente, estas categorías específicas atañen a la estructura jerárquica internacional *entre* subsistemas de acumulación capitalista de un tipo particular: los subsistemas sociales nacionales.

Los subsistemas nacionales de la sociedad capitalista constituyen el ámbito donde esa sociedad se escinde en sociedad civil y Estado moderno. En la primera (como dice Smith contra Hobbes), la riqueza no es poder sino sólo (en su forma dineraria) poder de compra. En ella impera el interés privado y el poder particular de la clase capitalista que se proyectan trastocados en el Estado, revistiendo en él la forma ilusoria del interés común y la voluntad general. Pero sabemos que no todos los subsistemas sociales nacionales despliegan nítidamente esa diferenciación que, empero, es un aspecto esencial, *sine qua non*, del SMC. En los subsistemas nacionales donde la civilización capitalista no llegó a desarrollar su forma propia, falta, por ende, la sociedad civil nítidamente distinguible, falta también (concomitantemente) el Estado moderno, y el sometimiento del poder político, revestido también aquí de la apariencia de voluntad común, por una voluntad particular y un interés privado, presenta las formas menos mediadas, más groseras (usurpación militar, delincuencia institucionalizada, corrupción administrativa).

El capital comercial preside los primeros subsistemas de acumulación en las etapas iniciales de formación del SMC, en el marco de su máxima creación: las incipientes naciones-Estado, extendiéndolos

pronto desde las grandes metrópolis europeas, bajo el amparo de las políticas del Estado absolutista, a factorías y colonias "abroad", allende los mares. El capitalismo industrial conservará más tarde los subsistemas del tipo primitivo y formará otros nuevos. Entre los primeros se destacan los subsistemas de capital indiferenciado formados en virtud del descompromiso de capital, tal como todavía subsisten en Argentina, donde constituyen un poderoso freno al desarrollo tecnológico.

Aquí abordaremos sólo de una manera general el análisis de la estructura interior, los subsistemas de capital industrial; aún más concretamente, en el proceso de diferenciación del capital que determina las etapas de desarrollo histórico del SMC y, por consiguiente, las estructuras internacionales de la sociedad capitalista. Argentina presenta para nuestro propósito la especificidad histórica de los subsistemas "semiperiféricos" en el orden capitalista; en efecto, Argentina es un país en el que las formas modernas del capital no alcanzan a configurar nunca las formas de la sociedad capitalista moderna. La suya no es, empero, la "historia" de (en) un país subdesarrollado, sino la de (en) un país donde el subdesarrollo del desarrollo desemboca en un *desarrollo capitalista trunco*.

En otros subsistemas sociales nacionales los límites del progreso capitalista se alcanzaron desde el vamos, junto con su incorporación al SMC por la vía de los sistemas coloniales, prolongados por la subsiguiente "descolonización". En ellos, las formas y estructuras de opresión social precapitalistas no fueron lisa y llanamente eliminadas por el capitalismo, sino subsumidas por el capital y preservadas (como lo subrayaba Carlos Mariátegui) en tanto y en cuanto servían a la explotación capitalista; así también las divisiones tribales y de casta que los colonizadores supieron exacerbar astutamente para cimentar su propio

poder reaparecen anacrónicamente como otros tantos reaseguros de las potencias neocoloniales. Las condiciones infrahumanas en que han quedado atrapadas y sobreviven apenas masas humanas misérrimas en esos países, abarcando una porción en veloz aumento de la población mundial, son ya la evidencia definitiva y angustiosamente urgente de que el sistema capitalista ha devenido con arreglo a su propio concepto un anacronismo manifiesto y horrendo.

No es el único. Las guerras mundiales que jalonan la historia del capitalismo en el siglo XX son testimonio del mismo espanto; una expresión más directa de la esencia poderosamente destructiva de las capacidades humanas cuando éstas, despertadas y expoliadas por el capital, quedan *anacrónicamente* apresadas en la perspectiva ya estrecha del capitalismo. A las dos Grandes Guerras le sigue la Guerra Fría, y a ésta las "guerras de baja intensidad", que no son ya propiamente "guerras" en las que pudieran llegar a cometerse crímenes atroces, sino crímenes atroces ejecutados en escala militar y con los recursos tecnológicos más "avanzados", todo contra defensas obsoletas y contra poblaciones inermes.

Las "guerras de baja intensidad" son crímenes en gran escala, expresiones del máximo divorcio entre el desarrollo capitalista y el progreso de la civilización. Son la demostración suprema de la diferenciación tecnológica trocada en bestialidad. En este extremo como en todos se verifica, empero, que el capitalismo desarrolla su propia negación. La paradoja de las "guerras de baja intensidad" es que, mientras son ellas mismas prueba palpable de la bárbara ajuridicidad de las relaciones internacionales, deben poner en vigencia una instancia judicial internacional para juzgar los crímenes de guerra de los perdedores. Por algo se empieza.

Para proseguir con las determinaciones negativas de la noción de desarrollo capitalista trunco, con la enumeración de lo que *no* es, subrayemos que *no* atañe

directamente a la totalidad del sistema. No es aquí, pues, donde cabe discutir, vgr., el movimiento secular de la tasa general de ganancias del capital, afectada por las conocidas tendencias y contratendencias generales. El "límite" que nos ocupa es el límite intrínseco de crecimiento económico del *sistema* en tanto totalidad concreta, mediada por sus determinaciones subsistemáticas, inmanentes a la totalidad. Elegimos un país particular para fijar la atención en los límites del capitalismo; no ya para constatarlos, sino para descubrir en ellos condiciones y nuevos caminos de superación del sistema. Los encontraremos, precisamente, en las estructuras tardías del capital en el ámbito singular de su realidad plena: el SMC.

La noción de desarrollo capitalista trunco no se refiere tampoco, huelga decirlo, al capitalismo incipiente, del cual hay signos inequívocos en fechas que la historiografía reciente remonta por lo menos quinientos años antes del siglo XVI, año en que Marx fecha el nacimiento del capitalismo. Y acaso antes aún, si se confirma la interesante y verosímil hipótesis según la cual ya en el mundo antiguo el capitalismo tuvo varios arranques en falso, hasta que finalmente "prendió" al encontrar el medio propicio enmarcado por la decadencia y el derrumbe del Imperio Romano. La noción que estamos definiendo no se refiere (por cierto) al mundo antiguo, sino a las barreras puestas por el SMC maduro al progreso humano, que la civilización sólo puede transponer mediante la superación parcial del capitalismo.

No es, pues, el concepto *abstracto* del "derrumbe" *general* del sistema; concepto abstracto que, al concebir el sistema capitalista, hace caso omiso del proceso de configuración y reconfiguración de subsistemas, proceso que es inseparable del desarrollo histórico de este sistema; por ende, hace abstracción de las *subestructuras* económicas, sociales y políticas que distinguen y carac-

terizan las distintas etapas de ese desarrollo; finalmente, no formula siquiera la pregunta acerca de cómo el derrumbe general del *sistema* puede ser mediado por el descalabro de un *subsistema social capitalista* particular.

De hecho, los economistas profesionales con orientación empírica no observan ni analizan otra cosa que subsistemas capitalistas, y sus teorías más vulgares y superficiales tratan sobre aspectos de los subsistemas del capital, sin saberlo, sin comprenderlos como tales. Su jerga registra el carácter objetivo de la configuración subsistémica del capital con expresiones como "mercado doméstico", "plaza local", "resto del mundo", "clusters" de empresas, "cadena alimentaria", etc. Poseen por un lado una teoría abstracta sobre el sistema en conjunto (es decir, en su totalidad abstracta), y la "aplican" a subestructuras en las que se objetivan las formas generales del sistema. Carecen de una teoría de los subsistemas del capital, y por eso son incapaces de emprender la misión de la ciencia económica en el presente: *descubrir las transiciones superadoras contenidas en el sistema, resultantes de su pleno desarrollo.* ¿Se presentan acaso tales transiciones en los subsistemas donde se verifica el desarrollo capitalista *trunco*?

No disponemos de espacio para la ímproba exposición de las aclaraciones y recaudos necesarios para que la pregunta misma tenga visos de prudencia. Debemos al menos distinguir dos partes. La primera atañe a la posibilidad del socialismo, la segunda a su necesidad; ambas, a su vigencia. Si contemplamos el mundo actual repartido entre los términos de la dicotomía abstracta desarrollo / subdesarrollo, pareciera que donde urge dramáticamente no es materialmente posible, y viceversa. Ahora esa dicotomía da lugar a la representación más concreta, matizada, mediada, en la que cobra vida una jerarquía de subsistemas capitalistas. Pero antes de abordar las subestructuras del capital

es necesario comprender su génesis *en la estructura de la totalidad.* En otras palabras, el concepto concreto debe estar precedido de un desarrollo abstracto en el que las conclusiones sobre la posibilidad y la necesidad del socialismo son por completo independientes de la discusión sobre un país particular y por ende tanto de nuestro concepto sobre desarrollo capitalista trunco como de su relevancia para Argentina.

*

Hoy el SMC creó ya las condiciones objetivas que permiten la superación del capital. Las mismas resultan básicamente del "desarrollo de las fuerzas productivas", tal como lo previó la tesis de Marx. El legado del capitalismo se completa con la práctica de la gestión planificada de la producción y de la reproducción sociales; más aún, con la administración programada del desarrollo tecnológico y el progreso técnico, y con la consiguiente renovación planificada de las estructuras y subestructuras sociales. Éstas, por ende, *no serán una creación original de la sociedad que suceda y supere al capitalismo*; han sido creadas ya por el propio desarrollo capitalista.

La noción de subsistemas concilia el hecho de la planificación capitalista con el hecho de que el capitalismo excluye la planificación del sistema de producción como un todo. El concepto abstracto de este sistema capta las leyes generales de su movimiento como resultantes de la interacción entre empresas de capital que, carentes de poder unas sobre otras, entablan entre sí una relación mercantil pura (sobre la premisa del contrato perfecto, que a su vez implica la igualdad y la libre voluntad de las partes, por lo demás recíprocamente ajenas e indiferentes). Tal relación da cuenta de las articulaciones entre la totalidad de las empresas *toto coelo*, de cada una con todas las coexistentes.

La teoría general y fundamental del sistema versa sobre esa relación. Interesa a la economía política porque, como explica Marx, la mercancía es la forma más general y abstracta del capital. Marx comenzó a exponer las mediaciones por las que el capital, al articular el mundo humano universal en la forma objetiva de mercancía, desarrolla esta forma hasta su negación absoluta.

Expone el *comienzo* de esta dialéctica, inmanente a la forma misma de mercancía. He aquí ese comienzo: en la expresión del valor de la mercancía se anuncia ya la negación necesaria e intrínseca de su mismo carácter mercantil, ya que la forma equivalencial de ese valor, proyección necesaria de la naturaleza mercantil de la mercancía, presenta las propiedades de ésta en su forma diametralmente opuesta: su cambiabilidad *incondicional*, absoluta. Basta la voluntad unilateral de su poseedor para su realización, el poder de éste es unilateral... El desarrollo de la forma dineraria del valor mercantil desemboca en sucesivas negaciones parciales de la mercancía: con la función del dinero en tanto medio de pago la relación mercantil sufre una nueva transformación: lo que era un nexo entre comprador y vendedor es ahora una relación entre deudor y acreedor...

En virtud del desarrollo ulterior de esas contradicciones, las empresas de capital entablan unas con otras, a través de la relación mercantil (de carácter social general), más inmediatamente, relaciones *directas* de acumulación: relaciones asimétricas, en las que unas empresas controlan a su favor (dentro de ciertos umbrales) las condiciones de acumulación de otras empresas (vgr. sus proveedoras de insumos). En estas relaciones la forma mercantil no se despliega enteramente: las personas jurídicas involucradas se subordinan directamente unas a otras, y su relación tiene un lapso de duración que contradice el carácter eva-

nescente de la mercancía en su consumación (el acto de compraventa). El crédito comercial, en primera instancia, involucra a clientes y proveedores de una empresa articulando casi inextricablemente los procesos de rotación de sus capitales respectivos. El crédito financiero consagra y extiende la relación jerárquica entre los capitales constitutivos de subsistemas de acumulación. Prevalecen en el subsistema el orden jerárquico, la desigualdad, el poder arbitrario, la extorsión, la dependencia, etc.; en suma, principios antagónicamente opuestos a la relación mercantil que, sin embargo, brotan necesariamente de su seno.

Grupos más o menos excluyentes de capitalistas fusionan entre sí las cronoestructuras de sus respectivos capitales configurando formas societarias diversas que evolucionan en el marco de tales subsistemas, transformándolos, y confiriéndoles la fisonomía que caracteriza las grandes etapas del desarrollo capitalista. A través de múltiples mediaciones el poder de los capitalistas mayores, superiores o principales de ciertos subsistemas, ha desbordado de los límites de su propia empresa y se ejerce sobre capitalistas menores o subordinados, sea directamente bajo la forma contraria (mercantil), sea por medio de estructuras corporativas (ligas, hansas, cámaras de comercio, asociaciones empresarias), o, finalmente, por intermedio de instituciones de carácter político, como la ciudad, el Estado absolutista, el Estado moderno, la administración colonial, el imperialismo, y, por último, el imperialismo institucionalizado: los organismos internacionales "cooperativos" y "asociativos" o "comunitarios" que evolucionan todavía en el presente.

Estas mediaciones determinan los ámbitos de planificación en los que ejercen su poder las empresas de capital "superiores". La planificación capitalista es siempre de carácter totalitario; el suyo es un totalitarismo en porciones (empresas y subsistemas) de la sociedad civil, compatible por eso con la democracia política

formal que informa la sociedad política, separada de la anterior. El papel del totalitarismo político es extender el ámbito de planificación propio o interior de las empresas superiores a porciones de la sociedad civil y, más allá de las fronteras políticas, al resto del mundo. El papel de la democracia burguesa es el mismo, sólo que *por ser indirecto y mediato* su desempeño es más eficiente y de mayor alcance territorial. Los Estados nacionales poderosos desarrollan formas modernas, y viceversa.

Es sólo en esos Estados donde la sociedad moderna reviste la configuración que le atribuye Hegel. El Estado es la esfera del altruismo universal, en contraposición a la sociedad civil, la esfera del egoísmo universal (y al altruismo particular, el círculo de la familia). Cuando el joven Marx critica al Estado moderno denunciando que esa figura es falsa, y acusa a su maestro de mistificar, idealizándola, tiene razón contra el Estado moderno, porque éste encubre *siempre* un interés privado y una voluntad particular, bajo la forma del interés común y la voluntad general; pero la acusación contra Hegel es injusta, porque lo que explica la Filosofía del Derecho es que la idealización es el resultado necesario de una proyección objetiva, como lo es el fetichismo de la mercancía que muchos años más tarde descubre y explica el mismo Carlos Marx.

El Estado Moderno es una ilusión; pero, como también las figuras de la sociedad civil (la mercancía, el dinero, el capital), es una ilusión objetiva y necesaria. Por eso, también el Estado Moderno, como aquéllas, es una encrucijada de contradicciones. Mientras el fundamento expreso y consagratorio del Estado Moderno es la Soberanía Popular, su delicada misión es doble: convertir el fundamento en ficción, y la ficción en fundamento. Puede cumplirla únicamente en ciertas condiciones: cuando, poniéndose al servicio particular de los capitalistas, sirve al progreso capitalista general,

y, más determinadamente, cuando esa forma de progreso todavía se verifica, o su posibilidad luce aún como notoriamente verosímil.

Lo logra con ayuda de "sabias" disposiciones características de la Constitución moderna. En el Estado moderno los mandatarios no son tales en virtud de un mandato vinculante; pero tienen la prerrogativa de gobernar durante un lapso que, irónicamente, se denomina "mandato". No lo hacen en nombre propio, sino en representación del Pueblo de la República, el cual conserva, es verdad, el derecho de "peticionar" ante las autoridades. Los mandatarios representantes no son revocables por los mandantes representados; pero si esa representación es, por ende, ficticia, lo son también, en el Estado Moderno, la Democracia y la Libertad.

Así, la abstracta antropología implícita en la teoría política clásica burguesa queda ella misma como la más ruda denuncia de todas las atrocidades de la sociedad capitalista: el "hombre", a quien sólo es dado ser libre en tanto legislador de las leyes a las que se somete, puesto que no es legislador sino sólo legislado, no es libre. La falsedad mora en los tuétanos de las constituciones modernas. Éstas, en su mismísimo paradigma fundacional: la Constitución de los Estados Unidos de 1787 (tan admirable en otros aspectos) tiene marcado el estigma indeleble. Allí, la representación es falseada *incluso formalmente* de dos maneras, una para elegir la Cámara Alta: por representación "igual" por Estado; otra, para integrar la Cámara Baja: por "representación", a cuyo efecto se computan los ciudadanos (todos), más los esclavos (a razón de tres de cada cinco). ¿Qué decir entonces de la representación política en las constituciones argentinas, donde "el pueblo no delibera ni gobierna sino por medio de sus representantes"?

En verdad, la diferenciación de la sociedad en dos ámbitos, uno civil y uno político, necesaria y

esencial para el desarrollo capitalista y para el despliegue de su potencial civilizatorio, no es de ningún modo un rasgo universal y permanente del capitalismo. Sin embargo, es precisamente en las relaciones de capital, tal como sólo se entablan y se desarrollan en la sociedad civil, donde deben investigarse las leyes generales del sistema y la fuente inmanente de los procesos de transformación histórica del sistema, y es allí precisamente, en la sociedad civil, donde los investiga la economía política. Es allí, entonces, donde, como acabamos de recordar, Carlos Marx descubre la génesis del dinero, inmanente a la naturaleza misma de la relación mercantil.

Y es allí, también, donde nosotros hemos estudiado la génesis de las relaciones directas de acumulación, que constituyen el fundamento de las configuraciones sub-estructurales del capital, y su correspondencia con las grandes etapas históricas del SMC. Los subsistemas de capital revisten su forma general en el ámbito de la rotación del capital. Valiéndose de diversos arbitrios, la empresa de mayor poder de acumulación (o "fuerza" de acumulación según Rudolf Hilferding), *descompromete* capital a expensas de otras empresas (vgr. proveedores o clientes, prestatarios o prestamistas). El ejemplo del monopsonista que estira el plazo de pago a sus proveedores ilustra, por una parte, un mecanismo casi universal de descompromiso de capital. Esto es así si al anticipar el retorno de su capital lo relanza para iniciar un nuevo proceso de rotación, sin comprometer capital adicional; o si, en el límite, cobra antes de pagar, en cuyo caso su compromiso de capital (circulante) es nulo. Por otra parte, el mismo ejemplo sugiere la posición superior que adquieren en ciertas subestructuras los capitales más estrechamente circunscriptos al ámbito de la rotación formal: el capital a préstamo y el capital comercial, por sobre el capital industrial.

Marx aludía a las formas comercial y financiera del capital, calificándolas de "arcaicas", puesto que aparecen ya en el mundo antiguo e incluso predominan en la configuración del SMC desde por lo menos tres siglos antes de la Revolución Industrial. El análisis elemental de la cronoestructura de la firma de capital industrial permite brindar la explicación más común acerca de por qué el capital industrial, al convertirse en la forma principal del capital, no elimina sus formas "arcaicas" sino que las articula en sus propios subsistemas. En efecto, el capitalista industrial puede hacer nuevas erogaciones de capital antes de que se cumpla el período de rotación del capital que ya adelantó, y sin comprometer nuevo capital, o bien endeudándose, o bien vendiendo su mercadería a un comerciante, sea contra un documento descontable, sea al contado. En todos estos casos renuncia a una porción de su ganancia sobre el precio final del producto para aumentar la tasa de ganancia sobre su capital.

El mismo caso visto desde el lado de la empresa que adquiere mercancías para revender o insumos para procesar ilustra mejor la configuración de subsistemas. Consideremos la empresa, comercial o industrial, que compra materias primas y las acopia, ensila, fermenta, muele, almacena, fracciona, y/o transporta, etc. Al abstenerse de la integración vertical para aprovisionar al menos parcialmente sus almacenes o plantas industriales, también este capitalista reduce su compromiso de capital cediendo una porción del plusvalor apropiado, para aumentar su tasa de ganancia. En el límite alcanza una tasa de ganancia infinita (cuando el denominador de su tasa de ganancia tiende a cero).

En la relación directa de acumulación el comprador y el vendedor están trabados en un duelo desigual en el que el más "fuerte" (en el sentido de Hilferding) obliga al más débil a comprometer más capital o, lo que es lo mismo, a obtener una tasa de ganancia menor,

hasta que la situación del más débil pone un límite a la diferencia. La empresa dominante pone, a su vez, el otro límite a la reconfiguración de subsistemas, al comparar la tasa de ganancia alcanzada de este modo, con la tasa de ganancia asequible mediante la adopción de técnicas más avanzadas en todo el subsistema, pero con un compromiso mayor de capital. Si la empresa dominante no se ha adaptado aún al proceso de diferenciación del capital en el SMC, esa opción es meramente hipotética, porque cuando llega la hora de la renovación del subsistema (vgr. por una mayor apertura de la economía nacional), entonces la vieja empresa dominante será eliminada o desplazada del papel activo en la configuración de nuevos subsistemas, y probablemente sus proveedores serán eliminados también.

Las circunstancias varían en el marco del progreso técnico y el proceso de diferenciación tecnológica del capital, pero en diversos estadios de ese desarrollo, el capital comercial adquiere preeminencia tanto sobre el capital industrial no diferenciado como sobre el capital industrial simple o reducido. El comerciante alcanza una posición de negociación ventajosa sobre el industrial. Lo mismo ocurre con el banquero; a principios del siglo XX esto dio lugar a una acepción más extensa de capital financiero, en el marco de la teoría del imperialismo: es el capital bancario que domina empresas de capital industrial. La unidad dialéctica del desarrollo y el subdesarrollo había sido expuesta vigorosamente cincuenta años antes de la publicación del libro de Frank. Más tarde, hacia mediados de siglo, Paul Sweezy describió una variante inversa de esa asociación entre empresas industriales y bancos: empresas que "tienen sus" bancos.

Un sinnúmero de circunstancias particulares favorecen la formación de subsistemas de capital dominados por capital financiero o comercial. Las más generales son el mayor dominio de las condiciones

de realización final de las mercancías y la conveniencia de dejar en manos de pequeños capitalistas el control directo del proceso de trabajo y la conformación técnico-material del producto. En el límite, los capitales de menor rango en estos subsistemas no son capital para sus propietarios, que aparecen como pequeños patronos o trabajadores independientes. Su capital es capital para otros, no para ellos; no se apropian de la alícuota de plusvalor que les correspondería por su aporte al capital del subsistema; no participan en la igualación de las tasas de ganancia y en consecuencia no hay tal igualación.

Las empresas dominantes en tales subsistemas (como ya señalamos) reducen al mínimo su compromiso de capital y de este modo obtienen ganancias extraordinarias; no podrían aumentarlas integrándose verticalmente, ni siquiera mediante ingenierías más eficientes a las que sólo ellas tienen acceso. (No excluye que lo hagan para cubrir sus necesidades mínimas permanentes, o, en pequeña escala, con otro propósito que abastecer sus propios almacenes o plantas industriales: negociar mejor con sus proveedores, obtener productos diferenciados, desarrollar estrategias tecnológicas). Las firmas que se benefician de esta forma primitiva de "tercerización", empero, quedan en desventaja frente a la competencia internacional, donde prevalece otro proceso de formación de subsistemas. Diremos que el tipo de subsistema que acabamos de describir se configura en el marco de la diferenciación formal del capital, que, en el contexto de su proceso de metamorfosis formales, se escinde en capital formal (representado por sus expresiones "arcaicas", redivivas) y capital industrial (en un sentido amplio que comprende todos los sectores de la producción material).

Por el proceso anterior el capital industrial se diferencia del capital formal, y ambos son momentos diferenciados del capital real. Nuestro interés se con-

centra en otro proceso de diferenciación del capital: la diferenciación tecnológica del capital industrial (y es en este sentido más restringido que usamos la expresión "diferenciación del capital"). De él resulta un nuevo tipo de subsistema.

Mientras los subsistemas de capital industrial no diferenciado quedaban principalmente encerrados dentro de los subsistemas de acumulación territoriales (con sus seudópodos coloniales), los nuevos subsistemas de capital industrial diferenciado son de alcance transnacional, *ab ovo*. En tanto los subsistemas formales debían mantenerse al abrigo de la competencia internacional, los subsistemas de capital real prosperan en esa competencia y tienen en ella su condición necesaria: los subsistemas de capital tecnológicamente diferenciado son subsistemas reales. El capital potenciado configura subsistemas internacionales pero en ellos el capital dominante, más determinadamente, el capital tecnológicamente potenciado, permanece centrado en los países de origen, convirtiéndolos en potencias industriales, en íntima asociación con el Estado, secuestrándolo para sus fines particulares, poniendo fin así a la era del Estado moderno.

En el resto del mundo el crecimiento económico depende del redespliegue del capital industrial simple o reducido en función del comportamiento de los inversores internacionales y sus preferencias de localización. En el escenario internacional la coreografía diplomática se anima con nuevos rituales de cortejo y sumisión, en los que pequeños Estados de menor rango rivalizan para atraer inversiones internacionales. Los Estados subordinados cifran su éxito o su fracaso en la complacencia y la seducción. Subsiste un espacio menguante y fragmentado para las exportaciones de capital no diferenciado o incompletamente diferenciado cuyos productos comienzan a denominarse, significativamente, "commodities". Las economías nacionales que no han

desarrollado agentes capaces de configurar subsistemas del nuevo tipo (función que sólo pueden desempeñar o bien las empresas de capital tecnológico, o el Estado), sólo pueden exportar o bien cuasi-mercancías en el marco de subsistemas de capital diferenciado, o bien, "mercancías" (¡!). El primer término de la opción es una perspectiva mediocre; el segundo, mientras falte el agente activo, es inalcanzable.

*

¿Cuál es el origen o propiamente la génesis del capital tecnológicamente potenciado? En trabajos anteriores hemos estudiado la diferenciación del capital industrial, y ahora nos ceñiremos a una indicación muy somera. La empresa innovadora ha logrado un éxito extraordinario. Puede vender su producto por encima de su valor porque sólo él puede reproducirlo, no tiene competidor. Obtiene así un beneficio extraordinario, y la perspectiva de este *privilegio del innovador* es el acicate que alimenta el sueño de todo auténtico capitalista industrial, desatando en su ánimo la ambición más desenfrenada e impulsándole a despreciar peligros y a aguzar, en fin, su proverbial ingenio.

La innovación es el fabuloso *El Dorado* que enloquecía a los antepasados remotos del moderno capitalista industrial, los comerciantes aventureros del capitalismo naciente. Como entonces, pocos llegan a la meta, mientras la mayoría de los intrépidos que lo intentan sucumben endeudados y desmoralizados. Los que llegaron, sueñan ahora con conservar su privilegio, y ponen en ello el mayor de los celos. Pero, para felicidad de la especie humana, el privilegio del innovador fenece al cabo de un tiempo, y el progreso técnico se difunde. A medida que transcurre la historia del capitalismo industrial, la difusión de las nuevas técnicas es más rápida: el privilegio del innovador siempre suspende la reproducibilidad de los productos, pero lo hace por un lapso cada vez más breve. Pronto la

innovación envejece y fenece, cuando la nueva técnica se ha difundido u otros inventores e innovadores aportaron procesos alternativos o productos sucedáneos superiores. Por eso la innovación interrumpe la tendencia a la igualación de las tasas de ganancia capitalista, pero *no la suprime*; y por eso también las principales teorías económicas de la era moderna *suponen* que esa tendencia se verifica y se consuma, y formulan sobre este supuesto las leyes generales del valor mercantil, del plusvalor capitalista, y del equilibrio general de los mercados.

La igualdad de las ganancias esperadas debía verificarse en todo el espectro sectorial de la división social del trabajo. Cualquier discrepancia entre esas tasas (por encima de un umbral de diferencia, de carácter friccional, que se iría reduciendo con el progreso de las comunicaciones y el transporte) debía reconducir adelantos de capital prontos a mediar la tendencia a la igualación, por lo que ésta se prestaba tanto a la observación empírica como al razonamiento teórico como la ley general, cosmológica, del SMC. Hasta la primera mitad del siglo XX la ciencia económica no había estudiado ni previsto el proceso que ya entonces transformaba profundamente las estructuras del capital y ya había eliminado para siempre tanto la igualación tendencial de las tasas de ganancia del capital cuanto, por ende, la *objetivación* de la tasa media general.

En efecto, el proceso de diferenciación del capital industrial y sus consecuencias para la perspectiva histórica de la civilización humana no fueron estudiadas ni previstas por la economía política; no lo fueron por la ciencia económica en sus versiones clásica y crítica, ni, menos aún, por la *cataláctica*, o *las económicas* (traducimos así "economics", como bautizaron la nueva disciplina William Stanley Jevons y Alfred Mashall). Hoy, con la ventaja de la visión retrospectiva, es asombrosamente fácil explicar la etiología del capitalismo

tecnológicamente diferenciado: la probabilidad de innovar no es igual para todas las firmas, de suerte que poco a poco el negocio de la innovación va quedando en manos de un cierto tipo de empresa que, repetidamente, procura la innovación y la logra. Menos evidente pero no menos importante es el fenómeno concurrente: las empresas no innovadoras se ven reducidas al papel de adoptadoras de técnicas productivas.

Gunnar Myrdal describió con toda claridad el proceso de diferenciación del capital, sin sospechar su significado teórico ni sus consecuencias sobre el SMC. El título de su libro de 1968: *An Inquiry into the Poverty of Nations*, remeda el de la obra fundacional, publicada casi dos siglos antes. La adopción de técnicas productivas, explica Myrdal, lejos de ser un papel pasivo en el proceso de difusión de las innovaciones, requiere un esfuerzo denodado, una estrategia refinada, y una especialización que se desarrolla a expensas de la capacidad de innovar, perdiéndose ésta, eventualmente, de modo irrecuperable. El estudio de Myrdal revela que por entonces los países del Sudeste asiático se especializaban en la adopción de técnicas occidentales para la reproducción de bienes manufacturados estándar para el mercado mundial, sin desarrollar sistemas de investigación científica e innovación tecnológica.

Si sólo ciertos países conservan y desarrollan la capacidad tecnológica, mientras otros carecen de ella o la pierden, los principios más elementales de la civilización internacional se tornan del todo hueros y ningún arreglo institucional u orden jurídico puede realizar esos principios. En los países de tecnología unilateralmente adoptativa el sistema formal de representación política encubre la realidad de que sus mandatarios sólo pueden actuar subordinando las decisiones y políticas más trascendentes a Estados foráneos que gobiernan recursos tecnológicos; pero en los países

donde se concentra y centraliza el poder tecnológico la representación política es igualmente ficticia porque el poder de disposición sobre esos recursos lo detentan las empresas de capital tecnológicamente potenciado, que han secuestrado las capacidades tecnológicas del mundo, y han tomado como rehenes a los Estados más poderosos de la Tierra, poniéndolos al servicio de intereses particulares. La diferenciación del capital pone fin a la diferenciación entre los ámbitos social, económico y político característica de la civilización capitalista; de este modo amenaza de muerte a la civilización capitalista. La ilusión del Estado moderno se desvanece; la democracia capitalista es una figura incongrua.

*

A la luz de las estructuras sociales del capitalismo tecnológicamente diferenciado, ¿qué puede decirse de la tesis de Marx, según la cual el capitalismo engendrará las condiciones de su propia superación?

Para responder tenemos a la vista las transformaciones ocurridas en el sistema del capital después de la publicación del *Das Kapital*. La pregunta sobre la tesis, lo mismo que la tesis misma, es inseparable de sus fundamentos teóricos. Como lo señala Kozo Uno, en sus *Principles of Political Economy* (1950), sólo traducidos al inglés casi tres décadas más tarde, hasta mediados del siglo XX *ningún discípulo de Marx había aportado a los conceptos fundamentales de la economía política* más allá de la crítica llevada a cabo por el propio Marx...

La novedad brindada por el siglo XX y especialmente por la pos guerra fría es que el propio capitalismo se ha encargado de adelantar las tareas preparatorias para la construcción de una nueva sociedad. Ahora bien, el desarrollo capitalista reciente consiste, esencialmente, en la diferenciación del capital industrial. Por obra y merced de ese proceso, la enorme mayoría de las em-

presas de capital se reducen a gestionar los procesos de producción y reproducción en un marco de planeamiento. En él, su autonomía remanente se desenvuelve dentro de parámetros controlados. El proceso de producción está preparado para la planificación socialista en una economía transicional.

El capitalismo es el demiurgo del sistema de gestión económica que lo ha de suceder y superar. No se limitó para ello a reducir el capital involucrado en el proceso de reproducción. Hizo más, al crear en otras empresas la capacidad de gobernar indirectamente esos procesos, mediante la renovación permanente de las técnicas de producción material y organización, la configuración y reconfiguración frecuente de los subsistemas de acumulación, la transferencia de (mal llamada) "tecnología", marcas, concesiones, certificaciones, cursos, representaciones, franquicias, tercerizaciones, etc. La diferenciación del capital avanzó también en la anulación parcial de la mercancía y el dinero, como lo indica el peso extraordinario alcanzado por las transacciones "intrafirma". Decía Rosa Luxemburgo (en un razonamiento lógicamente semejante al del joven Marx sobre la religión) que el triunfo del socialismo será la anulación de la economía política: aludía a la autonomía mercantil de la producción hipostasiada.

Ahora bien: en la sociedad transicional concebida desde el capitalismo maduro se conserva todavía la separación entre los aspectos económicos, social, político. Pero la diferenciación del capital erosiona la frontera entre esas tres esferas y obliga a concebir la revolución socialista de un modo distinto: no como una revolución política seguida luego de una transformación económica, sino esencialmente al revés: como una disputa social por el control de la producción (en el marco de empresas y subsistemas de capital), que culmina con una revolución propiamente política: un proceso *en este sentido* semejante a la revolución burguesa de los siglos XVII y XVIII.

Recordemos que en el siglo XX las ideas socialistas inspiradas en la teoría de Marx presuponían una etapa del desarrollo capitalista en la cual no se había consumado la diferenciación *tecnológica* del capital *industrial*. Distinguían, sí, la gran empresa capitalista de la pequeña, y veían la clave de la economía de transición en el control popular y la socialización de la gran empresa, no necesariamente así de la pequeña. Hoy la "gran empresa" en un razonamiento semejante no es sólo ni principalmente la empresa de gran tamaño, sino que la clave de la planificación socialista es la empresa de capital tecnológicamente potenciado, la cual encarna la doble capacidad social de innovar las técnicas de producción y de planificar el desarrollo de subsistemas de capital reducido o simple. Si el poder político no gobierna esas capacidades, si no ejerce sobre ellas superintendencia en resguardo del consumo, la ocupación, el ambiente, su mejor forma democrática se envilece en un formalismo estéril y huero.

Pero, a diferencia de la gran empresa de capital no diferenciado, la empresa de capital tecnológico misma, aunque puede (y suele) tener también ella instalaciones materiales bien macizas e incluso imponentes, laboratorios, plantas piloto, plantas industriales, naves, campos, etc., es en cierto modo difícilmente asible, y carece de la identidad nítida de la "razón social" encarnada en una planta industrial particular, etc.; de suerte que su socialización efectiva sólo puede concretarse mediante la gestión estatal efectiva de una cartera de proyectos de investigación y desarrollo en un marco de planificación concreta y en renovación incesante. "Electricidad igual socialismo", enunció Lenin. Hoy el socialismo no puede circunscribirse a un campo técnico particular porque *la clave* de la emancipación política, económica, social e intelectual de los trabajadores no está en el dominio de sus "fuerzas productivas" encarnadas en un paquete de ingenierías maduras, ni en una estrategia sobre campos tecnológicos más amplio (biotecnología,

informática, materiales), sino que debe apostar fuerte a la educación y la ciencia.

No es sólo cuestión de la identidad de la empresa individual. En la época del capitalismo indiferenciado, quienes tomaran posesión de las máquinas y las herramientas, sabiendo operarlas, se adueñarían *eo ipso* de las fuerzas productivas encarnadas en ellas; particularmente, de las técnicas de trabajo corporizadas en el diseño de los instrumentos de trabajo. En cambio, la plena vigencia del capital *diferenciado* implica un ritmo de innovación tal que esa materialización de las capacidades humanas se disipa. Las "fuerzas productivas" eran y son el motivo central de la lucha de clases; en esa lucha el proletariado debe llegar a verlas como lo que siempre fueron: sus propias capacidades; comprenderá que su emancipación consiste en ... ¡*apresarlas vivas*!

La hipóstasis inclemente de las capacidades productivas de la humanidad será anulada. Con ella se extinguirán más o menos gradualmente las formas mercantil y dineraria del producto social, y con ellas la autonomía ciega del capital. En su reemplazo los trabajadores libremente asociados planificarán el proceso de producción atendiendo a su propia educación, al cultivo de las virtudes, a la elevación de las condiciones sociales de la vida humana. Ya no se verán determinados unilateralmente como trabajadores.

Y he aquí que en los subsistemas de capital diferenciado se ha consumado ya, de hecho, aunque de modo mezquinamente parcial y endiabladamente contradictorio, la anulación de la mercancía, el dinero y el capital, y se ha preparado *el escenario* para la construcción de una sociedad transicional donde las empresas dotadas de poder de planificación se socializan, no así, es decir: no necesariamente así, las empresas de capital reducido o simple. La metáfora, como todas, capta apenas el concepto, porque este escenario ocupa *todo el teatro.*

*

Considerando la totalidad del SMC tecnológicamente diferenciado, la polaridad del sistema productivo es extremadamente simple: un nuevo capitalismo se ha montado sobre el viejo productor de plusvalor, porque ha logrado el secuestro extorsivo de la tecnología. Igualmente, la estructura social del SMC considerado en la misma totalidad abstracta no puede ser más simple: el proletariado, la clase universal, abarca *à peu près* la humanidad entera, mientras apenas una ínfima minoría de personajes ignotos encarna lo que es hoy la clase capitalista propiamente dicha.

Visto de cerca y por partes, el mismo SMC carece por completo de esa simplicidad; por el contrario, su complejidad endiablada pone en apuros al investigador. Y arranca los conceptos básicos de la economía política de su largo ensimismamiento de un siglo, imponiéndoles la exigencia extrema, ¡*ad finem*!

La clase capitalista pasó y pasa aún por profundas transformaciones: desde el "productor privado e independiente" de mercancías que encierran gérmenes de capital en estado latente, al burgués que personifica el capital frente a otros burgueses, al patrón capitalista adquirente de la mercancía fuerza de trabajo y encargado de apropiarse del valor de uso de esa mercancía, y, de paso, del plusvalor, al propietario casual de derechos sobre capital en abstracto (como el pequeño ahorrista e incluso el titular de una cuenta de ahorro), pasando por ejércitos de empleados asalariados y habilitados que actúan como capitalistas adscritos: capataces y vigilantes, integrantes del *staff* profesional asalariado, asesores y consultores contratados, funcionarios de la gestión del capital, públicos y privados.

Así, máxima sencillez en el sistema mundial, y máxima complejidad en las economías nacionales, en las sociedades nacionales, en los subsistemas de acu-

mulación. ¿Cuál es la línea divisoria entre la clase capitalista y el proletariado?

El concepto general del sistema brinda criterios abstractos verdaderos que, sin embargo, por ser abstractos, son insuficientes para dar la respuesta. El lugar del individuo en la relación productiva, el rol de representar el capital en tanto capital (la distinción entre sus momentos específico y genérico); vale decir, los criterios del sistema, son una guía tan tenue y sutil en los períodos de apaciguamiento de la lucha de clases como superflua cuando las llamas estallan. Valen para iluminar la conducta individual en las profesiones como la del economista, ya que su trabajo versa sobre el significado del capital; tarea, por eso, en la que el trabajador se desenvuelve siempre en la proximidad de la frontera social.

Ahora bien, las huestes adscritas a los intereses particulares del capital y/o al interés general del capitalismo, juegan un papel decisivo en el juego de poder social. Son, por así decirlo, la parte de la tripulación que hace escorar la nave a babor o a estribor, según se incline hacia una u otra banda. Mientras (como hemos subrayado) el cambio social gira en torno del dominio de las capacidades productivas, se dirime en ese juego de liderazgo, de hegemonía, en suma, de adscripción social.

La clase trabajadora por su parte pasó por transformaciones no menos profundas, al punto que muchos de sus integrantes *in esse* caen en categorías superpuestas con las correspondientes a la clase capitalista. En parte, porque la diferenciación del capital en general crea categoría de "pequeños" patronos que trabajan ellos mismos, propietarios de un capital que no lo es para ellos pero sí para las casas de comercio o las empresas de capital industrial que dominan su subsistema, en parte también porque incluso ciertas empresas de capital simple alcanzan gran tamaño (vgr. en el primer tramo

del ciclo de nuevos productos o procesos), y también ellas tercerizan operaciones en "capitalistas" subordinados, o recrean el arcaico sistema doméstico (el *putting out system* de los albores del capitalismo) con propósitos múltiples: debilitar los sindicatos, eludir impuestos y obligaciones previsionales, implantar "maquilas" en países inferiores (dicho sin el eufemismo habitual), transferir a otros (principalmente proveedores vgr. "autopartistas") el riesgo comercial, instalar controles de calidad y manejos de stock mínimo, etc., pero principalmente para descomprometer capital. Más en particular porque la diferenciación tecnológica del capital crea nuevos subsistemas en los que empresas de capital *reducido* multiplican y extienden a todo el SMC la acción del capital potenciado.

Los trabajadores asalariados han diversificado extraordinariamente su perfil de capacidades especializadas merced a que sus filas se fueron enriqueciendo con multitudes de profesionales proletarizados; pero, *mutatis mutandis*, su papel en la revolución socialista y en la construcción de la sociedad transicional no es esencialmente distinto del que fuera concebido en la primera mitad del siglo XX por los revolucionarios alemanes y rusos. Los cambios principales atañen primero, como es obvio, al desarrollo tecnológico descomunal que de suyo torna posible y urgente el socialismo; segundo, a la diferenciación del capital, que define ella misma cómo y por dónde encarar la planificación del desarrollo económico y social; tercero, a las condiciones de liderazgo social del propio proletariado.

En este último, todo ha cambiado. Ya el campesinado al que se refiere la teoría de la revolución rusa es apenas residual o del todo inexistente; ya el Estado moderno que constituía la contrafigura de la teoría económica y el objeto de la teoría política clásicas ha perdido sus rasgos distintivos. Hoy la condición

de liderazgo político y social que confiere a la clase obrera capacidad transformativa remite fundamentalmente a la unidad de la propia clase trabajadora.

Encontramos una multitud de trabajadores socialmente "borrados" que poco a poco toman conciencia de su identidad esencial, a medida que también ellos son víctimas de la explotación y la exclusión que necesariamente conlleva la diferenciación del capital. Los trabajadores dicotomizados que parecen, y creen ellos mismos, ser capitalistas son una enorme paradoja, pero están frente a otra que no es menor, ya que la amenaza fatal contra su condición de patronos autónomos y, especialmente, de empresarios, que ellos aprecian y seguirán apreciando, no viene del socialismo sino del mismo capitalismo.

Como consecuencia de la diferenciación del capital y de la reducción del capital propio de estos trabajadores, la condición *sine qua non* es que estén firme y claramente insertados en el foco preciso de una red compleja de servicios complementarios (de carácter tecnológico, financiero, comercial), en un contexto asociativo, acogedor y estimulante, en un entorno regulatorio racional, y en el marco de un subsistema de desarrollo bien gobernado. Ese soporte lo proporciona hasta ahora, en un ambiente extorsivo y precario, la empresa de capital potenciado. Un día lo brindará el Estado socialista, y el pequeño patrono, quien tendrá un papel que cumplir en la economía y en la sociedad de transición, aplaudirá el advenimiento de la nueva vida social que hoy equivocadamente teme.

En la imagen simple del conjunto puede apreciarse que, al generar la nueva estructura general del SMC, el desarrollo capitalista ha dispuesto el escenario de su propia superación. En efecto, al centralizar la tecnología, reduciendo por consiguiente la totalidad del capital productivo a la condición de capital industrial simple, en el cual, empero, mantiene la fragmentación del ámbito político, en estrechas celdas nacionales; dentro

de ellas, juega astutamente con la fragmentación política de los trabajadores, valiéndose para ello de poderosos medios de obnubilación ideológica (la academia obsecuente, el periodismo mercenario, los medios de extorsión financiera). "Divide y reinarás": los particularismos residuales dan buen pábulo para la manipulación de "pobres contra pobres", trabajadores contra trabajadores, mediante la exacerbación infame del prejuicio y la intolerancia hacia inmigrantes y minorías culturales.

iii) Notas para un programa económico de transición

La presente tesis sobre Argentina es que el desarrollo capitalista trunco del país ha creado a la vez las condiciones de necesidad social urgente, y de posibilidad técnica y material, para iniciar la gestión de una economía transicional en el marco internacional del presente SMC. Nos referimos a un país sólo para fijar las ideas en un perfil particularizado. En América latina usamos corrientemente la expresión "nuestros países"; y, de otros, diremos: *de te fabula narratur.*

En virtud de la diferenciación del capital, las economías nacionales en las que el capitalismo ha desarrollado estructuras productivas de capital *reducido* están prontas para la planificación transicional que tiene por primera misión la de recuperar, reorientar e incrementar el proceso de reproducción económica. La condición *sine qua non* para la planificación transicional es la plena vigencia de las instituciones políticas propias del socialismo. En verdad, no puede hablarse de gestión socialista sin las instituciones políticas correspondientes. Pero: tampoco cabe edificar una política de perspectiva socialista, ni sostener sus instituciones, sin un marco conceptual que determine el proyecto económico. Aquellas ins-tituciones tuvieron una existencia fugaz en los inicios de la Revolución de Octubre; su extinción y el aisla-

miento de la Revolución no fueron obra de Stalin, sino que éste fue otra criatura más del descalabro económico.

Las premisas políticas, en resumen, son dos: el Estado es profunda y consecuentemente democrático, y planifica. *Democrático*, porque los gobernantes actúan con un mandato popular determinado, vinculante, revocable. Y *planifica* el desarrollo económico y social sobre la base de dos enfoques complementarios: los subsistemas productivos y los circuitos de innovación técnica.

Haremos abstracción de esas condiciones políticas, que suponemos dadas, y apenas nos detendremos en los aspectos *generales* de las políticas públicas. Sus instrumentos son por de pronto los instituidos en el Estado presente. Las primeras reformas no harán más que perfeccionarlos en sus propios términos y con arreglo a sus objetivos explícitos, sólo que éstos cobrarán el carácter concreto de mandatos vinculantes. La reforma tributaria simplificará la conceptualización y la percepción de los impuestos y corregirá rápidamente su carácter injusto y regresivo, pero adecuándose estrictamente a la teoría clásica burguesa. Asimismo, los servicios de salud y educación, y muy principalmente la investigación científica, contarán rápidamente con los recursos necesarios para que puedan responder a los nuevos estímulos y exigencias. Éstas brotarán de la atención de necesidades largamente postergadas tanto del consumo como de la producción. Ambas requieren capacidades técnicas en los organismos públicos para asegurar la máxima seguridad laboral y medio-ambiental en los procesos de producción y la más alta calidad de los productos. Esta última pondrá fin rápidamente a la divergencia de patrones de calidad para la oferta dirigida a los mercados interno y externo: la adopción e "internalización" de los criterios de calidad internacionales más exigentes preservará la salud de la

población y fortalecerá la capacidad exportadora del país.

La planificación de subsistemas productivos que comprenden capital simple tiene que multiplicar significativamente la capacidad de exportación de esta economía nacional. Hay algo de verdad en el estereotipo de Argentina, el exportador de alimentos. Pero incluso China, ese futuro gigante devorador de agroalimentos, se apresta a limitar sus importaciones a materias primas no procesadas y productos de alta tecnología. Exportar los primeros es para Argentina una opción (como ya puntualizamos) mediocre; y los últimos son (por el momento) inalcanzables. De hecho casi todos los productos exportables requieren algún grado de industrialización.

En Argentina suele culparse a los grandes países importadores de materias primas y productos agroindustriales que a su vez son competidores en cultivos de clima templado, Europa y Estados Unidos, de subsidiar sus producciones y proteger sus mercados, a la vez que "nos" prescriben e imponen la desregulación y la apertura, "apertura" por donde se inyectan compras *atadas* en condiciones extorsivas. Se culpa, en fin, a los responsables de la política exterior, que no han querido, no han sabido, llevar la renegociación de la deuda al terreno comercial: les compramos si nos compran, les pagamos si nos compran.

Esos reproches no son injustos, pero debe señalarse que debido a la rigidez cualitativa de su actual estructura de producción, unida al hecho de que la economía nacional no reinvierte el plusvalor que produce, el país no está en condiciones de ajustar su oferta internacional para cumplir en tiempo y forma con demandas perentorias, específicas y cambiantes.

Nada de lo que se requiere en las actuales circunstancias del comercio exterior puede lograrse *sin pla-*

nificación apoyada en la comprensión de las nuevas estructuras económicas. Los mejores esfuerzos están condenados al fracaso mientras la empresa productiva no opere en subsistemas adecuados, en un marco de planeamiento, y sobre todo, para usar la expresión smithiana: en un país "bien gobernado". En la época del capital tecnológico, "bien gobernado" significa, en el ámbito económico, que las empresas de capital reducido o simple operan en subsistemas dotados de redes de servicios técnicos y financieros de soporte y en un marco de planeamiento: el empresario productivo no debe temerle al socialismo sino que debe ver en él su única posibilidad de sobrevivir y, más aún, de prosperar.

Los subsistemas característicos en la perspectiva de planeamiento en Argentina son los subsistemas *industriales* de base agropecuaria (agro-silvo-pastoril). Esa base en algunos casos ocupa unidades macro-ecológicas de gran extensión, desbordando por completo las "pequeñas" unidades de gestión parcelaria de la tierra característica del pasado y el presente. ("Pequeñas", hasta de decenas de miles de hectáreas). Algunas de estas grandes unidades agro-ecológicas geográficas no se detienen en los límites de las provincias, ni en los límites políticos del país. Por ejemplo, el Chaco, al extenderse a vastos territorios de países limítrofes, ofrece excelentes oportunidades de cooperación e integración.

Por otra parte, tanto el Noroeste como el Noreste (en la planificación regional de los 60, el NEA y el NOA) reclaman un replanteo profundo del enfoque espacial económico. El litoral fluvial también tiene potenciales de desarrollo extraordinarios. La Pampa húmeda, dividida quizás en tres subregiones, otro tanto; hay, asimismo, un enorme potencial de desarrollo de sistemas de capital simple en grandes extensiones de climas semi-desérticos. Todo el espacio económico se verá transformado por el desarrollo de sistemas. El puerto de Buenos Aires

no seguirá cumpliendo en el futuro la que fue su función histórica en la configuración del espacio económico, en la que acaso será reemplazado por un eje Río Grande do Sul–Antofagasta.

Por cierto, no todos los sistemas (ni siquiera todos los de base agropecuaria) tienen una dimensión territorial como la descripta (vgr. acuicultura *en gran escala*, etc.). Los subsistemas de desarrollo comprenden el desarrollo simultáneo y complementario de grandes proyectos industriales en disposiciones arborescentes (fabricación de bienes de capital e insumos y procesamiento de productos) y especialmente el desarrollo de redes de servicios dirigidos a las empresas de capital simple.

En el marco del planeamiento de subsistemas, la estructura espacial temporal de Argentina comprende los calendarios de cosecha y los mercados internacionales. En la época del capital no diferenciado este país aprovechó muy limitadamente su ventaja como territorio de aptitud agrícola de contra-estación (apuntando a mercados del hemisferio norte). Hoy, de manera muy rápida, se puede comenzar la construcción de los subsistemas de la producción primaria capitalizando lo mucho que se avanzó durante los últimos años en la actualización tecnológica de la agricultura argentina, crear un sistema de planeamiento que trabaje todos los años con mucha intensidad sobre la decisión de siembra (que es un período muy breve durante el cual se juega en gran parte la suerte de las cosechas comerciales).

Hay que pensar que se seguirán produciendo "commodities" para el mercado internacional y que la construcción de las estructuras para el aprovechamiento industrial tiene que dar flexibilidad de opción de acuerdo con las condiciones de la oferta y la demanda internacionales. No hay que pensar en un sistema de planeamiento limitado a la preinversión y la

inversión sino también a la gestión *caliente*, de cortísimo plazo, sobre la coyuntura de los mercados. Se puede esperar impactos significativos sobre la ocupación y el ingreso y el humor de los argentinos en plazos razonablemente breves, todo sobre la base de recursos, conocimientos, aptitudes existentes.

En ese marco, la deuda externa no se denuncia ni se convalida de manera incondicional. Denunciar indiscriminadamente la deuda crearía una situación interna insostenible. Pagarla en los términos en que está planteada es moralmente repugnante, éticamente inaceptable, materialmente imposible. Debe renegociarse, pero no con una fórmula de quita indiscriminada (que los grandes acreedores ya capitalizaron y propician (con discreción), sino a cambio de nuevos compromisos comerciales y de inversión. Nos referiremos a estos últimos.

Cierto, la propuesta se dirige a inversores especulativos, con una sicología de corto plazo. ¿Cómo interesarlos en proyectos de largo plazo? Se les asegura que, en la medida en que *aumenten* su compromiso de capital, cobrarán su parte de una deuda que no se podrá pagar en su totalidad. Comprenderán que en la nueva situación política (que, con propósitos meramente analíticos, *suponemos*), el acreedor financiero como tal no tiene ningún privilegio. Pero las inversiones directas, de carácter reproductivo, que se le proponen, son atractivas de suyo. En principio, sólo por fijar las ideas, estímese que el período de retorno promedio de las inversiones en los módulos iniciales de desarrollo de subsistemas podrá ser de un año y medio o dos. Tendrían una inversión segura, en un país con un potencial económico importante. Se les reconocería una tasa de ganancia normal, pero segura y apetecible.

Hoy disponemos de métodos y conceptos económicos que permiten empezar casi de inmediato el

desarrollo planificado de subsistemas de base agropecuaria. Abundan en el país, por doquier, personas con experiencia y ganas de trabajar, incluso en algunos casos con tierras y herramientas de trabajo, que por razones ajenas a su voluntad y a su capacidad laboral, están desocupadas.

El concepto de subsistemas permite agrupar en conjuntos coherentes centenares y miles de proyectos con potencial de desarrollo subsistémico. Es menester que denunciemos la falsa ideología de las PyMEs y los micro emprendimientos: dilapida recursos y esperanzas presentando falsamente como si fueran novedad ideas del todo obsoletas que corresponden a estructuras pretéritas de capital no diferenciado. La pequeña empresa tiene un papel importante que cumplir en los subsistemas de capital diferenciado, pero tenemos que pensar en empresas muy eficientes, que produzcan bajo condiciones más avanzadas en materia de ingeniería y tecnología; calidad, preservación ambiental, control de calidad. La empresa de capital simple sólo puede prosperar en una red de servicios de alta intensidad y calidad.

En suma, Argentina posee condiciones favorables para emprender un proceso de crecimiento económico vigoroso: una población con vocaciones y aptitudes laborales muy desarrolladas, una dotación de recursos naturales privilegiada; y, no menos importante, la necesidad de encarar nuevos rumbos de desarrollo social, sentida agudamente y expresada con vehemencia.